

mezclaré yo en cuestiones del orden interior de ese Estado; pero no podré ver con indiferencia las que atañen á la paz interior del Gobierno y á su conservación y seguridad. Esta conservación, que es la primera ley de la naturaleza, me obliga á expedir el decreto de hoy, y á dirigir á Vd. esta franca y explícita comunicación, pidiéndole explicaciones sobre los hechos capitales que contiene. Es también mi deseo que los yucatecos todos vean patentemente la marcha de su Gobierno, y sepan que ella conduce directamente, no sólo á entregar ese desgraciado Estado á merced del dominio extranjero, sino á provocar la guerra civil, y lo que es peor todavía, á encender una nueva guerra de castas en los cantones pacíficos del Sur, que pronto acabaría de devorar á los partidos de Tekax y de los Chenes. En este último hecho verá que al mismo tiempo que este Gobierno dirige comunicaciones al Gobernador de Belice para cortarles los recursos de guerra á los indios bárbaros de Chan Santa Cruz, y autoriza y auxilia con municiones á los pacíficos de Chichanjá, para que emprendan una campaña contra ellos, el Gobierno de Vd., cuyo pan cotidiano en su periódico oficial, es acabar la guerra de castas, trabaja encubiertamente para darle un campo más vasto. No puedo ni quiero creer que los dignos y valientes yucatecos, que llevan las armas de su país, se resignen á convertirse en instrumentos de unos cuantos egoístas, de algunos hombres débiles que han perdido la fe en los principios; de algunos entes miserables, para quienes es lo mismo Juárez que Maximiliano, y de algunos otros negociantes con todas las miserias del país, que no ven más que el sórdido interés. No puedo ni quiero creer que se hayan extinguido en la mayoría de los yucatecos los nobles sentimientos del amor á la Patria, á su independencia, á su dignidad. Ruego á Vd. que, haciendo á un lado lo que en este ofi-

cio pueda lastimar su amor propio, se penetre bien de mis rectas intenciones y prescindã de la dureza de las palabras y de lo áspero del estilo. Yo no anhele otra cosa que ver á ambos Estados prósperos y florecientes, caminar por la senda del honor, del progreso y de la libertad; y que el nombre de yucateco pueda, como en otro tiempo, llevarse con orgullo, y no ir unido á una constante desgracia, á la fama de las revueltas y á las neutralidades vergonzosas.—Campeche, Octubre 29 de 1863.—*P. García.*"

A consecuencia de esta nota, el Gobierno de Yucatán, por conducto del Periódico Oficial, contestó agriamente al Gobernador de Campeche, y así, de contestación en contestación, llegaron los ánimos á violentarse.

X

Lo que pasó, á cualquiera se le manifiesta claramente. Los partidarios de la Intervención en Yucatán, apoyados por los buques franceses, ocuparon Campeche. Los unos por tierra y los otros por el Golfo, desde la Bahía.

Entonces Navarrete entró en relaciones directas con el Jefe francés, y la Península aceptó por completo y con descaro la Intervención.

Entre tanto, se estaban verificando los sucesos de la ocupación de Puebla y el abandono de la Capital de la República por el Gobierno del Sr. Lic. D. Benito Juárez.

Por algún tiempo, Yucatán y Campeche, que antiguamente formaban un solo Estado, y que segregados en 1857, merced á la revolución separatista acaudillada por el General D. Pedro Baranda y Lic. D. Pablo García, hombre de energía y de gran talento, aunque de humilde

cuna, de quien nos hemos ocupado ya, como se ha visto, en 1863 volvieron á formar dichos Estados una sola entidad.

La Península, algo distante del centro de la Capital de la Nación, no sentía, al parecer, la influencia directa de la Intervención francesa, y marchaba á pasos tranquilos.

Campeche, cuando ya el cambio de Gobierno se había efectuado totalmente, tuvo por Comandante militar á uno de los más valientes Jefes de la guerra de castas: el Sr. Coronel Felipe López, quien con su buen trato se captó las simpatías de los campechanos.

Como mayor de órdenes de la plaza figuraba un imperialista intransigente: el Comandante de Escuadrón Sr. D. Ignacio de la Cámara y Peón.

Estaba confiada la administración civil al Coronel de Guardia Nacional D. Manuel Méndez y Hernández; era Juez de 1.^a Instancia el Sr. Lic. Nicolás Dorantes, y administraba la Aduana Marítima el Sr. D. Eduardo Macgregor.

Eran: Capitán de Puerto el Sr. D. Andrés Sotelo, y Comandante de Celadores D. Pablo Sotelo, personas adictas á la causa imperial.

La Administración municipal la formaban personas escogidas *ad hoc*, y en los diversos ramos que encierra el mecanismo social, Campeche, á pesar de su repugnancia al Imperio, á excepción de la parte militar, todos los empleos estaban en manos de sus hijos.

La noticia de la llegada de Maximiliano y Carlota en el puerto de Veracruz, fué celebrada en la ciudad de Campeche con grandes fiestas.

Creían los partidarios del Imperio que se prolongaría éste, como se han prolongado los gobiernos imperiales en las naciones europeas. Llegaron á abrigar la esperanza de constituir un gobierno poderoso, que permitiera elevar

á la Península al pináculo de una grandeza incomparable, explotar sus grandes elementos de riqueza y sacudir el yugo de la guerra social.

¡Quiméricas ilusiones!

El Imperio se edificaba sobre bases de arena, y la marea popular, los sentimientos democráticos y el amor á la independencia, minaban sus cimientos.

Campeche siempre se ha distinguido por su ardiente republicanismo; pero esta vez pareció permanecer como aletargado, esperando sin duda un tiempo oportuno para despertar: el despertar del león.

Campeche, como hemos dicho, aceptó muy bien al Coronel Felipe López; pero al Mayor de órdenes no le quería, porque celoso éste, como leal imperialista, desconfiaba del mundo entero.

Poco después, la llegada á Campeche de un Comisario Imperial, inició en forma el período del imperio en la Península Yucateca.

El Excmo. Sr. Comisario Imperial D. José Salazar Ilarregui, ilustrado y sabio ingeniero, recibió del infortunado Maximiliano, el encargo de gobernar en su nombre el vasto territorio de la Península Yucateca, donde no sólo necesitaba cimentar al Imperio, sino extirpar la gran guerra social.

El Comisario Imperial llegó, y es cierto, como han dicho sus fieles partidarios, animado de las más generosas intenciones. Hombre de una honradez sin límites, escuchaba cuanto se le decía, y jamás procedió sin antes examinar los hechos que se le denunciaban.

Animado el Sr. Salazar Ilarregui por hacer algo que demostrará el afecto que tenía á los hijos de la Península, pidió al Gobierno Imperial facultades que creyó necesarias para llevar á término la guerra de castas.

Para Yucatán era un sueño la terminación de la guerra,

y soñaba por su conclusión, y ayudaba al que se proponía y daba los pasos para tan nobles fines.

Se prepararon cuarteles.

Se acopiaron víveres.

Se esperaba entonces la llegada de tropas mejicanas y extranjeras que ayudaran en la empresa harto difícil que se emprendía, aunque hubieran sido inútiles para dicha guerra, acostumbradas á no carecer de buena alimentación y otras necesidades que allí son imposibles de satisfacer, aun con muchos recursos.

Como debe comprenderse, el Sr. Salazar Ilarregui no conocía en lo absoluto la guerra de castas, y con sus disposiciones, algunas veces poco acertadas, llegaron algunos hijos del Estado á figurarse que su personalidad era incompetente hasta para regir los destinos de la Península.

Acaso le hacía víctima su buena fe.

Entonces, en aquellos días, los indios sublevados, auxiliados por los ingleses de Belice, acechaban un momento oportuno para traspasar las fronteras débilmente sostenidas.

Llegó á Yucatán el General Gálvez con un pequeño cuerpo de ejército, y considerando que la guerra de castas era una guerra igual ó parecida á la que hacían los yaquis, se dirigió á Chan Santa Cruz con el fin de acabar con la citada guerra, ayudado por tropas nacionales, y desconocedor, como hemos expresado, de la guerra y de los terrenos, como un desesperado se arrojó sobre el enemigo, al que no halló en donde lo creía encontrar, y al abandonar el campo, fué cercado en todas direcciones y derrotado completamente, sufriendo pérdidas de consideración.

En momentos en que las tropas de Gálvez eran derrotadas, llegó á la Península el Sr. D. Severo del Castillo,

de cuya personalidad sólo diremos, que era un hombre altivo y poco comunicativo por su orgullo y fatuidad.

A la sazón gobernaba un yucateco como Prefecto imperial en Puebla, Sr. D. Alonso M. Peón, y allí, con este motivo, se fueron á buscar apoyo y protección algunos yucatecos que, por razones desconocidas para nosotros, abandonaron el suelo en que vieron la primera luz.

XI

Llegaron momentos críticos para el Gobierno imperial en Yucatán—y como sucede siempre cuando el Jefe supremo cree que no se secundan sus miras con acierto,—mandó reemplazar al Sr. Salazar Ilarregui el Emperador, sustituyéndolo el veracruzano Sr. D. Domingo Bureau, y á D. Severo del Castillo con el General D. Francisco Casanova.

Ya el Coronel D. Daniel Traconis había aceptado el Imperio y mandaba el 9.º Batallón de línea.

Entusiasmados los yucatecos por la conclusión de la guerra de castas, se preparó una nueva excursión y fué designado como Jefe principal Daniel Traconis. Concluidos todos los preparativos, marchó para Tihosuco hasta ocuparlo. Debemos advertir á nuestros lectores, que este punto es el más céntrico del campo enemigo y es el lugar en donde jamás faltan indios rebeldes en numerosos grupos, perfectamente armados y equipados.

Allí fué sitiado el Coronel Traconis con todo rigor. Allí murieron muchas personalidades distinguidas, entre ellas un conocido Doctor, que como otros muchos individuos, había ido á prestar sus servicios al Estado: El Dr. Justo Pastor Sánchez, hermano del distinguido liberal yu-

cateco General Miguel Castellanos Sánchez, enemigo acérrimo del Imperio.

Yucatán se aprestó á la lucha al tener conocimiento de tan terrible sitio.

El Jefe oriental Feliciano Padilla, que formaba parte de la Brigada de Oriente á las órdenes del General Felipe Navarrete, que se hallaba acampado á alguna distancia de Tihosuco, en expectativa de los sucesos que conmovían á la Península, recibió órdenes, y con sus bravos compañeros atacó á los sitiadores, que eran en gran número y audaces, y rompiendo el sitio, salvó á la guarnición que se había sostenido heroicamente por mucho tiempo.

Cuéntase por personas que concurrieron á esa jornada, que los sitiados se vieron obligados á comerse los caballos, las mulas de la artillería y los perros.

Las hazañas de Feliciano Padilla fueron heroicas hasta la exageración.

Para entrar á Tihosuco, avanzó hacia el campo de los indios, arrastrándose por los montes. Los indios no esperaban ser atacados, y volviendo rápidamente hacia la plaza, emprendió el ataque, sufriendo los fuegos de la guarnición sitiada, que no esperando auxilio alguno y viendo llegar tropas numerosas, vestidas como los indios, sospechó una estratagema y se defendió. El valor de Padilla era proverbial.

Al llegar á la Capital los sitiados, á quienes llamaron "Los héroes de Tihosuco," fueron recibidos con palmas y flores; eran acreedores á esto, porque, sacrificándose, trabajaron por la defensa de la civilización.

Mérida coronó de laureles á los soldados que en Tihosuco supieron cubrirse de gloria.

Entre esos soldados figuraba el cabo Piña, que ha le-

gado su nombre á una de las calles de Mérida, como premio á sus méritos.

El cabo Piña desempeñaba en Tihosuco el importante papel de correo; varias veces, saliendo de la plaza sitiada, burlando la vigilancia de los sitiadores, llevó al campamento inmediato noticias y comunicaciones oficiales.

Su valor y audacia rayaban en lo admirable.

El cabo Piña, héroe de aquellas jornadas, más tarde jefe de una sublevación militar, alzándose en armas, fué aprehendido y fusilado, sin haberle valido sus antecedentes heroicos.

No debo dejar pasar desapercibido el hecho siguiente: Roto el sitio de la plaza de Tihosuco, el Coronel imperial Bureau se trasladó violentamente, á las primeras noticias, al campamento victorioso. Fué acompañado por su Secretario D. Antonio Robledo, Jefe de su Secretaría, D. Joaquín Castillo Peraza y D. Ignacio de la Cámara y Peón.

La llegada de Bureau á Tihosuco fué celebrada con gran entusiasmo. Soldados macilentos le presentaban las armas. Oficiales heridos y casi exánimes le estrechaban la mano. Escenas conmovedoras que arrancaban lágrimas. El Coronel Daniel Traconis le hizo los honores de ordenanza.

El Comisario Imperial vitoreó á las tropas con todas las fuerzas de su entusiasmo; abrazó á Traconis y á Padilla y dió las gracias á éstos, á los oficiales y tropa en nombre del Emperador Maximiliano.

Entre los que tomaron parte en ese sitio, recuerdo al Teniente Coronel Manzo; Carlos del Castillo, defensor del atrio de la iglesia; Pedro O'Horán y Miguel Pérez Marín.

XII

Bureau, por motivos que no son del caso referir, fué reemplazado por Salazar Ilarregui, el primer Comisario Imperial que pisara el suelo yucateco; y él, Bureau, sin esperar á su sucesor, salió de la Península con rumbo al puerto de Veracruz, en donde fué á desempeñar el mismo cargo de Comisario Imperial.

Corría el año de 1866.

Los franceses habían ya dejado el territorio mejicano y dejaban franco el paso. Los republicanos, alentados por esa retirada, empezaron á dar señales de vida en la Península.

Zepeda Peraza en Yucatán y Pablo García y Leandro Domínguez en Campeche, auxiliados por el General D. Pedro Celestino Brito, Jefe de prestigio en la guerra de castas, saltaron á la arena.

Ya Buenaventura Martínez se había levantado en Bacca y emprendido sus operaciones, con éxito vario, y ya también, una fuerza del 9.º de Infantería, se había pronunciado, dándose indicios con esto de que la revolución cundiría muy pronto en toda la Península.

Pero, haciendo una observación á la memoria, retrocederé algunos meses para relatar sucesos que he recordado.

Padilla quedó mandando el cantón de Tihosuco, satisfecho de que los indios no volverían á intentar, al menos en aquellos días, otro sitio igual al próximo pasado, por haberse dirigido á sus hogares á labrar sus terrenos para proporcionarse el sustento necesario.

Daniel Traconis fué nombrado Jefe de la línea del Sur, cuyo cuartel principal estaba en la Villa de Peto.

A su lado, como Mayor de Ordenes, estuvo el Comandante Sr. D. Ignacio de la Cámara y Peón.

Justo es, dice un escritor yucateco, hacer mención de los que secundando á Bureau, avivaron el sentimiento patriótico en Mérida, colectando donativos, construyendo vestuarios y organizando manifestaciones de entusiasmo.

Entre aquellos ciudadanos figuraban los Sres. Felipe Ibarra Ortoy, José María Ponce, Juan Pastor Ríos, Arturo Peón y Peón, y bien pudiera decirse que Mérida entero, no siendo extraños al amor patrio los demás yucatecos, repartieron á los libertadores de la civilización coronas, y á los soldados les ofrecieron un banquete.

Parte muy activa tomó el General Teodosio Canto, quien organizó tropas y marchó á la defensa de los sitiados.

Las tropas de línea, mandadas por el General D. Macario Prieto, que procedente de Méjico, se encontraban en un punto cercano á los sucesos, en Xcabil, sensible es consignar, que sin embargo de haber percibido con toda perfección el humo del incendio de las casas, que los rebeldes llevaron á cabo, no prestaron ningún auxilio, manifestando su insuficiencia para una defensa. Al ver el humo el General Prieto, levantó el campo, destruyó sus provisiones y contramarchó para Peto, donde estaba su cuartel general.

XIII

La llegada del Comisario Imperial, Salazar Ilarregui, imprimió nueva faz al servicio público; dispuso empre-

der la campaña contra los republicanos de Campeche, y escogió al Coronel Daniel Traconis, á quien Maximiliano había concedido una cruz en premio de sus servicios en Tihosuco, para encargarle esa campaña.

El Coronel Daniel Traconis levantó el campo de Peto. Fué recogiendo los destacamentos de la línea del Sur, en uno de los cuales estaba D. Federico Méndez Rivas como Capitán, y buscando el Oriente llegó á Valladolid, cuya guarnición, á las órdenes del Coronel Francisco Cantón, hoy General, debía incorporarse á la Brigada ó Línea del Sur.

Llegada la fuerza á la Capital, Salazar Ilarregui se mostró satisfecho.

Era su anhelo más grande destruir á los republicanos que en Palizada, del Estado de Campeche, y Jonuta del de Tabasco, se estaban organizando para invadir al de Campeche.

Contaba el Comisario Imperial con la pericia y valor del Coronel Traconis y daba por terminada la campaña victoriosamente.

Acuarteladas las tropas en Mérida, llenados todos los requisitos de ordenanza, el Coronel Daniel Traconis, General en la actualidad, departía amigablemente con el Mayor de órdenes y con el Pagador de la Sección de operaciones, cuando varios tiros se escucharon rumbo al cuartel llamado de "Dragones."

La "Sección Traconis," que con ese nombre se designó entonces á las tropas agrupadas á las inmediatas órdenes del Coronel Daniel Traconis, se componía del Batallón 9º de línea, de las fuerzas orientales y del Sur de G. N. y de una sección de Artillería.

Acuarteladas estas fuerzas en el antiguo cuartel de "Dragones," cada una de ellas en distinto alojamiento,

tocó á los soldados del Sur ocupar un extenso corredor abierto, inmediato á la puerta de la calle.

Entre esos soldados del Sur estaba el cabo Piña, el campeón de Tihosuco, que se había propuesto no marchar para fuera del Estado.

A una hora señalada, el cabo Piña, Jefe de ese movimiento, se levantó con ochenta hombres, todos del Sur, y tomando sus armas, se echaron sobre la guardia, y sin herir á nadie, llegaron á la calle, disparando sus fusiles y dando vivas á Yucatán y á la libertad.

La sorpresa del Comandante del punto, Sr. Rafael Pérez Gálvez, fué completa; á él estaba confiada la vigilancia del cuartel.

Piña salió de la capital sin que hubiese sido posible darle alcance. Atravesó el Estado sin cometer un solo crimen; llegó á Peto y ordenó á sus compañeros de armas que se dispersaran y fueran de día á los bosques y de noche se reunieran para vigilar á las fronteras de los indios rebeldes y á sus familias. Habían cometido una falta; pero lo hicieron con el objeto de que sus hogares no fueran presa de la invasión del salvaje exterminador.

A pesar de la sublevación del cabo Piña, el Comisario Imperial insistió en llevar adelante la expedición que tenía en proyecto. Reiteró sus órdenes, y á la mañana siguiente á la sublevación, Traconis emprendió con sus fuerzas la marcha hacia el puerto de Sisal, en busca de las embarcaciones que ya estaban dispuestas para el embarque.

El Coronel Francisco Cantón y el Comandante Pérez Gálvez recibieron órdenes de permanecer en la Capital.

Entre los de la expedición marchó el Teniente Coronel Marcelino Villafaña, cuyo valor no tenía límites; era de carácter violento y enérgico.

Embarcada la expedición, á la que fué á despedir personalmente Salazar Ilarregui, se hizo rumbo á Campeche, y dos días después fondeaba en este puerto.

Campeche es una ciudad de primer orden en la Península. Sus murallas eran también de primer orden.

Gobernaba allí como Comandante Militar el General de artillería D. Juan Espejo.

Este General, que tenía noticias de que las fuerzas republicanas se aprestaban á emprender sus operaciones, pretendió que las tropas imperiales á las órdenes de Traconis no continuasen hasta la isla del Carmen; pero las órdenes del Comisario Imperial eran terminantes y Traconis salió de Campeche llevando entre los Jefes de graduación al Coronel Francisco Osorio, y Comandante Manuel González Carcaño, hermano del Coronel del Regimiento de la Emperatriz, D. Pedro A. González, hoy General.

El Comandante González era tabasqueño y conocía perfectamente el terreno en que se suponía estaba el enemigo del Gobierno Imperial.

La "Sección Traconis" en dos pequeños pailebots llamados, uno el "Oriente" y otro el "Navarrete," en honor del Jefe imperialista yucateco que proclamó la intervención en la Península, y en varias canoas, hasta el número de once, fué embarcada á las primeras horas de la mañana del 22 de Diciembre de 1866, haciendo rumbo á la Isla del Carmen ó sea la Laguna de Términos.

Sería el medio día. El convoy marítimo avanzaba poco á poco. En el horizonte se divisaron velas al Poniente. Eran las fuerzas republicanas que mandaba el General Pedro Celestino Brito y el Lic. D. Pablo García. Las embarcaciones se aproximaban y venían orillando la costa. El Coronel Traconis mandó hacer fuego sobre ellas, sin resultado alguno. La expedición imperial siguió avan-

zando. Los republicanos tenían franco el camino hacia Campeche. Los imperialistas que iban en busca de aquellos expedicionarios, ni contramarcharon ni batieron en forma á la escuadrilla republicana. Así llegó la expedición imperial al Carmen, cumpliendo órdenes superiores.

XIV

Estando la expedición en el Carmen, recibió el Coronel Traconis, de Campeche, comunicaciones muy urgentes, y dispuso que el Coronel Osorio, con 200 hombres, saliese en auxilio de aquella plaza.

El Coronel Osorio, Jefe de valor reconocido, emprendió su marcha y entró á Campeche, cuya plaza fué declarada en sitio.

Los republicanos se apoderaron de una embarcación y de algunos soldados del "Ligero Permanente," con su oficial llamado Valdivia, y los guardaron como prisioneros.

Los esfuerzos del Coronel Osorio fueron inútiles; no pudo salvar á sus compañeros de armas.

El pailebot "Navarrete" fué entregado á los republicanos por Andrés Girón, uno de sus tripulantes. El "Navarrete" había servido para conducir al Coronel Osorio á Campeche.

Convencido, quizá, el Coronel Traconis de lo inútil de su permanencia en la Isla del Carmen, ó excitado por el General Espejo á contramarchar á Campeche, ordenó el regreso de la expedición que salió de la Isla á fines de Diciembre.

Los republicanos establecieron su campamento en San Francisco, á extramuros de la ciudad de Campeche, y or-

ganizaron su escuadrilla. Sabido es que los marinos de Campeche son los mejores de la República Mejicana.

La expedición imperial llegó á las aguas de Lerma, á muy corta distancia de la ciudad de Campeche.

En el pailebot "Oñate," mandado por el Capitán Dagan, se hallaban el Coronel Traconis y el Mayor de órdenes de la "Sección." Allí estaba también el Jefe de la escuadrilla imperial Sr. Calcaño, campechano de nacimiento.

En el "Oriente" había artillería.

Las sombras de la noche cubrían con negro velo aquellos lugares antes iluminados con los vivísimos rayos del sol. Las embarcaciones imperiales se mantuvieron á la vista, y sólo se veía en sus aparejos pequeñas lucecitas, como luciérnagas esparcidas en el espacio....

Súbitamente el vigía anunció buque á proa.

El Mayor de órdenes llamó la atención del Jefe de la escuadrilla, expresándole su creencia de que aquel buque era de la escuadrilla republicana; el Capitán Calcaño no lo creyó así. El buque avanzaba con intención de apresar al "Oriente," según se supo después, lo que no pudieron conseguir los republicanos en aquel momento, porque al pasar frente al "Oriente," á muy corta distancia, el Mayor referido mandó hacer fuego.

La rapidez con que se alejó el "Navarrete," pues este era el buque que se aproximó, no permitió al "Oriente" perseguirlo. Las condiciones marinas del barco republicano eran superiores al imperial.

Pasó la noche, y al despuntar el alba, se ordenó la marcha hacia el puerto.

Quisieron las embarcaciones republicanas impedir el paso; pero no lo consiguieron, porque la escuadrilla imperial estaba protegida por los fuertes de la plaza. El desembarque, pues, se llevó á cabo.

El regreso de las tropas de la "Sección Traconis" alentó á los defensores de la plaza. Renació la confianza y otro aspecto presentó aquel lugar amenazado tan de cerca por los defensores de la República.

Permanecieron ambos contendientes muchos días en completa inacción. Ni los republicanos atacaban, ni los imperialistas hacían otra cosa que permanecer en sus murallas.

Entre tanto, Manuel Zepeda Peraza, con elementos facilitados por el General Pedro Celestino Brito y Lic. Pablo García, organizó una Sección y con ella invadió el territorio yucateco.

El Comisario Imperial, para perseguir á éste, confirió la misión al Coronel Juan Sixto Ortoll. Más adelante daré los detalles de esta persecución.

XV

Volvamos á Campeche.

El Mayor de órdenes Ignacio de la Cámara y Peón, fué comisionado para conferenciar con el Comisario Imperial.

La plaza de Campeche carecía de víveres y se hacía necesario arbitrarlos.

El Mayor se embarcó en un buque mercante y partió para Mérida; pero frente á Celestun encontró un vapor que, al mando del Capitán Gerardo Tizón, se dirigía á Campeche enviado por el Comisario Imperial; en ese mismo punto cargó víveres suficientes que llevó á la plaza sitiada. El General Espejo, no sólo repartió aquellos víveres á sus soldados, sino que mandó distribuir también una parte á las familias que sufrían por el hambre.